



Capítulo IV

Conclusiones



I

El desarrollo histórico del tema del petróleo en la novela venezolana encuentra un lejano punto de referencia en *Lilia* (1909), de Ramón Ayala, aparentemente el primer reflejo novelesco del gran tema, en ligeras menciones. *Elvia* (1912), de Daniel Rojas, ya representa una temprana y viva denuncia de las depredaciones yanquis en materia petrolera, con detalles sobre los procedimientos dolosos empleados por los invasores económicos para hacerse de tierras ricas en yacimientos. *Tierra del sol amada* (1918), de José Rafael Pocaterra, presenta por primera vez la imagen del *nuevo conquistador*, estableciendo un paralelo entre el yanqui de ahora y el español del pasado. *La bella y la fiera* (1931) de Rufino Blanco Fombona, contiene el primer planteamiento político interno (gomecismo) y externo (imperialismo) del tema petrolero; por primera vez se revela una conciencia activa de la explotación de los trabajadores petroleros por parte de los grandes *trusts* internacionales; y del mismo modo es la primera y combativa presentación novelesca de una huelga petrolera y de la subsecuente represión con despliegue de tropa y de bestialidad asesina. *Cubagua* (1931), de Enrique Bernardo Núñez, incluye referencias a la emigración de hombres sin trabajo o en la miseria hacia zonas petroleras; al antiguo petróleo de la isla de Cubagua; y a detalles de los cambios del aspecto físico y de la vida de las poblaciones que traería la explotación petrolera si se iniciase en gran escala en Cubagua. *Odisea de tierra firme*

(1931), de Mariano Picón-Salas, alude a la entrega de la riqueza petrolera nacional a los yanquis por parte del dictador Gómez, quien se ha enriquecido por ello junto con sus familiares y compinches; a los yanquis que se desplazan por todo el país con aire de aventureros y confianza de dueños; y por primera vez toca el tema de los abogados criollos de las Compañías, serviles asalariados dispuestos a colaborar en todo con los nuevos amos petroleros. *El señor Rasvel* (1934), de Miguel Toro Ramírez, sin ser una *novela petrolera* en sentido riguroso, aparece como la primera novela venezolana que basa su trama —o lo fundamental de ella— en ambientes y asuntos vinculados al petróleo, en este caso las oficinas capitalinas de una Compañía, y en incluir aspectos financieros del tema y darles una proyección económica y política internacional al tratar de las fluctuaciones de precios regidas desde Estados Unidos, y del peligro de los excedentes y la consiguiente paralización de la explotación en Venezuela; de otra parte, sigue la línea de *La bella y la fiera* y de *Odisea de tierra firme* en referencias directas, con todas sus letras, a la expoliación del petróleo venezolano por parte de los yanquis. *Mancha de aceite* (1935), novela venezolana del autor colombiano César Uribe Piedrahita, es la primera *novela petrolera* propiamente dicha: toda su trama y su ambientación pertenecen a la vida en los campos petroleros de Zulia y Falcón, a partir de vivencias del novelista; y su significación es extraordinaria: penetración en las verdaderas bases y los sentidos ocultos del despojo petrolero diario de Venezuela; elevación a niveles culminantes de la actitud antiimperialista ya presente en Blanco Fombona, y del proceso rebeldía-protesta-masacre; visión interpretativa del problema petrolero, con acceso al sentido profundo de la realidad económica y política nacional e internacional; visión siempre *interna* del tema, a partir de las experiencias personales; proyección simbólica: el fuego que devora la mancha de aceite sobre el agua es el ascenso revolucionario de los trabajadores hacia el futuro; a fin de cuentas es la primera, más vigorosa y combativa novela del petróleo en Venezuela. *Mene* (1936), de Ramón Díaz Sánchez, se caracteriza por su fuerza documental, viva, en el reflejo del petróleo y su trágico mundo, como en ninguna otra obra; su visión del tema es *descriptiva* (reflejo objetivo) y *externa* (no directamente vivencial); logra revelaciones sobre bases profundas de la realidad petrolera, pero de modo ocasional, sin actitud profundizadora sistemática; pone de relieve aspectos concretos que pinta con mayor eficacia que las demás novelas: el cambio turbador, la discriminación racial, el efecto asesino del petróleo y el impacto de la crisis económica; es, por último, la primera, y

sigue siendo la más importante, *novela petrolera* de autor venezolano. *Remolino* (1940), de Ramón Carrera Obando, sólo publicada en forma incompleta, constituye la primera ubicación del tema petrolero en el Oriente del país; destaca el carácter abusivo de la explotación saqueadora de los yanquis en combinación con sus cómplices nacionales, entre los cuales se encuentra el inspector de hidrocarburos; subraya el efecto violento del cambio ambiental perturbador; sin idealizar la etapa prepetrolera; pone de relieve la adquisición dolosa e impositiva de tierras por la Compañía; y por su tema centrado en el ambiente del petróleo, de haberse publicado completa hubiera sido la tercera *novela petrolera* en orden cronológico y la segunda de autor venezolano. *Sobre la misma tierra* (1943), de Rómulo Gallegos, se vincula poderosamente al tema del petróleo, que constituye la mitad de su cuerpo y de su sentido; tiene importancia en el desarrollo general del tópico petrolero en la novela venezolana más por claros señalamientos y planteamientos ideológicos que hace —en una actitud *interpretativa*— que por la captación poco profunda de ambientes; esos planteamientos son: la instalación de las Compañías se basa en los manejos dolosos de los intermediarios y los abogados; se establece una injusticia discriminatoria en materia de salarios para extranjeros y nacionales; hay un país petrolero dentro del país Venezuela; la maquinaria petrolera se maneja desde Wall Street; puede darse el caso del petrolero yanqui “bueno”; será siempre discutible si los beneficios económicos del petróleo compensan de los males económicos y espirituales que ha producido; es inadmisibles que coexistan sobre la misma tierra la riqueza ajena y la miseria propia. *Clamor campesino* (1944), de Julián Padrón, es ejemplo de la alusión incidental al asunto petrolero en novela posterior a la primera *petrolera*, y dirigida al desarrollo de un tema esencialmente ajeno a los ambientes del petróleo; en ella se toca sobre todo lo relativo al éxodo campesino y a los males económicos y morales ocasionados por la nueva industria. *La casa de los Abila* (1946), de José Rafael Pocaterra, es otra novela exponente de esa incidencia, en este caso sólo como elemento significativo para el desarrollo argumental: Juan entra en perspectivas de vender sus tierras petroleras al comprador yanqui, para consolidar su poder económico y modificar su destino. *Guachimanes* (1954), de Gabriel Bracho Montiel, añade un nombre a la corta lista de las *novelas petroleras*, en una dinámica visión, nacida de la experiencia, de la vida en un campo petrolero en los años que rodean la desaparición del dictador Gómez; la obra afianza la tradición antiimperialista; enfatiza la complicidad oficial: “todos

son guachimanes”; presenta el surgimiento del espíritu de clase entre los trabajadores; crea la imagen de bases más convincentes del petrolero yanqui “bueno”; destaca la marcha del aparato imperialista en sus diversos engranajes; revela poco conocidos procedimientos del abuso de las Compañías y el robo al fisco; muestra con acierto el desarrollo progresivo de un proceso de rebeldía; y logra atinadas pinturas ambientales, a pesar de su desajuste estilístico y estructural. *Cassandra* (1957) de Ramón Díaz Sánchez, es continuación de *Mene*, y en ella aspira el autor a decir sobre el petróleo todo lo que considera que faltó en la primera novela y todo lo que al respecto ha aprendido desde entonces; así esta obra se hace artificiosa y pesada, con el lastre de eruditos discursos y pretendidas sutiles interpretaciones; el personaje central resulta fallido por completo, y se desvanece, por superficial y fabricado, el símbolo principal de la loca *Cassandra*; apenas se añaden algunas ideas significativas sobre la base ya dada por *Mene* y, a fin de cuentas, sólo quedan ciertas sugerencias ambientales y fragmentos acertados —como excepción dentro del estilo desajustado— de la descripción de las violentas manifestaciones populares a la muerte de Gómez. *Los Riberas* (1957), de Mario Briceño Lagorrry, no representa una mera alusión al gran tema; sin inspirarse propiamente en lo petrolero, el intento de enfoque general de la vida de la burguesía venezolana en un vasto período de la historia de los últimos años lleva a permanentes referencias a este decisivo factor económico y político; con gran fuerza se presentan aspectos esenciales del tema, a partir de una actitud claramente antiimperialista: los negocios sucios de las empresas; los múltiples cómplices nacionales, destacando los de las más altas esferas gubernamentales; el fácil enriquecimiento de los intermediarios; la nueva oligarquía del petróleo; los múltiples y desastrosos males morales ocasionados por la locura petrolera al país, nunca compensados por los beneficios económicos producidos. *Campo Sur* (1960), de Efraín Subero, es un esbozo de novela petrolera, y sin sacarlo de esta condición potencial cabe señalar que está centrado en la captación directa de un ambiente vivido por el autor; ambiente que se hace notablemente tangible en el breve número de páginas: los campos separados para extranjeros y nacionales; las poblaciones típicas; los desajustes morales, humanos y económicos; los peligros del trabajo; la limitación de las esperanzas; en su brevedad, se trata tal vez del único intento de reflejo de ambientes petroleros de nuestros días. *Talud derrumbado* (1961), de Arturo Croce, es otro ejemplo de la presencia incidental del tema, aquí dirigido a poner de relieve la atracción engañosa

del petróleo como fuente de beneficios económicos para el trabajador; y como causa de un perjudicial éxodo campesino. *Oficina N.º 1* (1961), de Miguel Otero Silva, da remate al itinerario seguido, agregando otro nombre al reducido conjunto de las *novelas petroleras*; es fundamentalmente, y fuera de las aspiraciones de creación de caracteres del autor, la historia de un pozo, un campo y un poblado petrolero en la sabana oriental de Guayana; interesan más los personajes secundarios que los principales y es esa colectividad lo que queda como logro efectivo; el titubeo en la actitud antiimperialista y la ingenua idealización del petrolero yanqui “bueno” restan solidez ideológica a la obra; sólo sobresale tal vez como novedoso el interesante, pero truncado artificialmente, proceso de gestación sindical; a pesar de su unidad estilística, la novela es muestra del sacrificio de un asunto de verdaderas condiciones novelescas.

2

El panorama temático que comprenden estas novelas se proyecta sobre un amplio período histórico en cuanto a la ubicación de la acción. En primer lugar, en período previo a la explotación petrolera comercial se ubican las tramas de *Elvia*, la de mayor antigüedad: a fines del gobierno de Joaquín Crespo, hacia 1897; y de *Lilia*, al término del régimen de Cipriano Castro, hacia 1907. Inmediatamente viene la larga y oscura etapa de la dictadura de Juan Vicente Gómez, época de la entrega total del subsuelo a los petroleros extranjeros; período de los “pioneros”, de la iniciación de la explotación en escala comercial y de la definitiva instalación —e instauración— de las Compañías. A esta etapa se refieren, o circunscriben su acción a ella, todas las restantes novelas, excepto dos, repartidas de este modo: primeros años de la explotación petrolera comercial, hacia 1916-18: *Tierra del sol amada*, *La casa de los Abila*, parte de *Mene*, parte de *Sobre la misma tierra*, parte de *Los Riberas*; década de 1920-30: *Mancha de aceite*, parte de *Mene*, *La bella y la fiera*, parte de *Sobre la misma tierra*, parte de *Los Riberas*, *Remolino*; de 1930 a 1935: *Odisea de tierra firme*, *Cuba-gua*, *El señor Rasvel*, parte de *Sobre la misma tierra*, parte de *Los Riberas*, *Talud derrumbado*, parte de *Oficina N.º 1*; centradas en 1935, año de la muerte del tirano: *Guachimanes*, *Cassandra*. En el período siguiente, correspondiente al régimen del general Eleazar López Contreras: parte de *Sobre la*

misma tierra, parte de *Los Riberas*, parte de *Oficina N^o 1*. Ya en el gobierno democrático del general Isaías Medina Angarita: parte de *Sobre la misma tierra*, *Clamor campesino*, parte de *Los Riberas*, parte de *Oficina N^o 1*. En períodos posteriores, más cercanos a nuestros días: *Campo Sur*, en 1956.

Claramente se observa que la mayoría de las obras reconstruyen etapas pretéritas concentradas en la época “heroica” de los pioneros de los turbulentos comienzos. Sin duda en esto interviene el especial atractivo literario de esos años confusos y agitados, así como la edad de los autores, cuya más dramática e indeleble *impresión* del petróleo se refiere a esa etapa. Aunque es evidente que hay que añadir como elemento de no poco peso el carácter esencialmente comprometedor –en los más amplios políticos y económicos sentidos– de cualquier reflejo de situaciones petroleras muy cercanas en el tiempo; compromiso que decrece en forma sensible con respecto a un período pasado, cerrado en el tiempo –al menos teóricamente–, criticado hasta por los “abogados” menos apasionados, o más inteligentes, de las Compañías, y donde a muchas cosas vergonzantes podría fabricársele explicación en nombre de la confusión y la débil experiencia que acompaña a toda iniciación.

Son excepciones –todas circunscritas a casos de experiencias directas de los autores– las obras que reflejan épocas próximas al novelista y la edición del libro: *Mancha de aceite*, en parte *Mene*, *Campo Sur*. Además, como problema específico dentro de ese significado vivencial y de fresca actualidad, están novelas como *Guachimanes* y *Cassandra* –tal vez alguna otra–, que recogen experiencias del autor pero que son noveladas, y sobre todo publicadas, tardíamente.

En definitiva: una numerosa concentración en momentos y aspectos de la etapa gomecista; y una gran ausencia: la cercana actualidad, con la limitada excepción de *Campo Sur*.

3

Se desprende de la trayectoria evolutiva trazada a lo largo de las novelas consideradas, un desarrollo gradual del tema, que va de la breve mención contenida en *Lilia* hasta la aparición, veinticinco años después, de las primeras *novelas petroleras* propiamente dichas. No se encuentra la sorpresa de una repentina novela del petróleo en los primeros años de surgimien-

to del tema; pero es sin duda notable la presencia en *Elvia*, en 1912, de una clara conciencia antiimperialista impulsada por el problema petrolero; así como es digna de ser destacada la vigorosa presentación de una huelga petrolera, ya en 1931, en *La bella y la fiera*.

De otra parte, si bien puede hablarse en sentido general de un desarrollo evolutivo del tema, no podría decirse estrictamente lo mismo del enfoque del caso, de la actitud interpretativa del autor. De modo concreto, la firme posición antiimperialista, clara y expresa, que caracteriza a todas las novelas precursoras, comienza a titubear y hasta ser evadida en épocas posteriores y se debilita de modo manifiesto en la obra que cierra el conjunto. Sin embargo, para conservación de la digna tradición, a intervalos surgen novelas que mantienen y hasta intensifican el nivel de tan vital actitud, aunque no siempre con igual vigor y claridad: *Mancha de aceite*, *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes*, *Los Riberas*.

4

La extensa variedad de asuntos que integran el proteico mundo petrolero permite, sin embargo, después de cuidadoso rastreo en las páginas novelescas, determinar la presencia de *grandes temas*, dominantes en el conjunto y cuya enumeración constituye de hecho el cuerpo del enunciado básico de ese vasto cosmos: la modificación violenta del ambiente tradicional; la complicidad interna, diversificada en el propio gobierno, el entreguista y mediador para la adquisición de tierras, el abogado servil, el inspector de minas, el médico, el cura; la expoliación incesante y alevosa de la riqueza del subsuelo venezolano por parte de las compañías extranjeras; los permanentes negocios turbios, de mero funcionamiento, de las petroleras; la discriminación racial; la discriminación social; la discriminación laboral, al amparo de los distintos niveles de sueldos para el extranjero y el criollo; la deslumbradora atracción del petróleo, con el señuelo de los salarios elevados, a veces más aparentes que reales; el éxodo campesino, con el consiguiente perjuicio para el país, provocado por esa atracción; el delito y el vicio como compañeros inseparables del ambiente petrolero; las bajas condiciones de vida de los trabajadores, escamoteadas detrás de la propaganda del alto salario; el imperio de la máquina, como expresión del automatismo y señal de su importancia superior a la del elemento humano; el antiimperialismo, como una forma de enfrentar la invasión ex-

trajera y una manifestación de la comprensión profunda del estado de cosas, aunque a veces no pasa de ser un sentimiento de protesta sin cohesión ni vigor; el accidente y la catástrofe como ingredientes inexcusables del mundo petrolero; la marcha implacable de invasión de tierras y selvas en nombre del progreso, bajo la inspiración del petróleo y la protección del oro y el fusil; el suprapoder de la Compañía, expresado por el abuso y el despotismo, y afirmado como un símbolo de dominio real y pleno; el petrolero extranjero “bueno”, una expresión de una visión pretendidamente objetiva y de una evidente idealización; la imagen del “nuevo conquistador”, semejante, pero más aplastante y metódico, que el del pasado; la rebeldía de los trabajadores: afirmación de su personalidad y camino de la salvaguarda de su dignidad; el agrupamiento sindical, como una expresión de esa rebeldía y de un justo anhelo de unidad y defensa; la huelga: manifestación más contundente y decidida de aquella rebeldía; la represión, como respuesta petrolera y oficial a la rebeldía, el agrupamiento sindical y la huelga. Al final, una conclusión: el balance de los beneficios y los males derivados del petróleo no deja dudas: los perjuicios económicos y morales aplastan cualquier ventaja económica que se señale.

5

El conjunto de los grandes temas señalados, y la observación interna de sus características y significaciones, permite constatar una concentración enfática en el campo temático que resulta más visible y se tiene por más representativo. Así, para el reflejo de ambientes y problemas petroleros se subrayan las modificaciones del medio en los órdenes materiales y espirituales; y del mismo modo se atiende a los individuos que impulsan el cambio —los petroleros— y a los más representativos de cada lugar el entreguista, el abogado, el jefe civil en el padecimiento de la alteración y en su rápida definición como activos cómplices de los mecanizados conquistadores.

Por contraposición, la pintura, y aun la alusión menos frecuente es la referida a los grupos más vigorosos, a las fuerzas más firmes y nuevas, llamadas a modificar radicalmente el estado de cosas reinante: el proletariado, lanzando al ascenso revolucionario. Y esto es así no sólo porque los primeros factores sean más visibles en especial en la primera época del petróleo, que domina de manera notable en las novelas, sino también porque son los menos comprometedores. Los segundos, en cambio, exi-

gen saber *verlos* y decidirse a *decirlos*.

6

Estos *grandes temas*, integradores del mundo petrolero, requieren a su vez de *grandes formas* y *estructuras* para advenir creación novelesca, esencia literaria. Estas vías predominantes de expresión y construcción constituyen un conjunto de recursos y modos típicos, que caracterizan la parte principal de los procesos creadores novelescos, así como los temas centrales definen la naturaleza y configuración del mundo petrolero. Estas *grandes formas* y *estructuras* dan la clave de la arquitectura básica de las obras, precisando sus perfiles y complementando su sentido fundamental. Pueden enumerarse de esta manera: predominio del personaje específico por encima del simbólico; presencia reducida del personaje central; figuración frecuente del *petrolero*, por contraposición a la escasez del *proletario* de cierta importancia en el orden total de la obra; contadas pero significativas incorporaciones del personaje *colectivo*, o personaje-masa, en acción

unificada y pesante sobre la trama; cuidadosas descripciones ambientadoras destinadas a la progresiva captación de la vasta totalidad ambiental –atmósfera actuante– del medio petrolero; lo trágico, como elemento constitutivo de una realidad y afirmador de sus rasgos y sentidos; marcado predominio de la expresión directa –vigorosa objetividad en los mejores casos– sobre el empleo del símbolo, ocasional y con frecuencia poco desarrollado; el apoyo expresivo, como una reafirmación de los valores generales, cuando es acertado y natural, y como una agudización de desniveles y torpezas, cuando es impropio y artificial; la alusión incidental al tema del petróleo en las novelas no petroleras: un complemento en el reflejo de realidades nacionales; la naturaleza del *hilo argumental* puede determinar un proceso estructural continuado o la observación de la técnica de los cuadros reveladores; la presencia de núcleos estructurales: activos puntos de partida y sobre todo efectivos elementos de sostén central del conjunto novelesco, bases para la valoración total en función

de los objetivos alcanzados o fallidos.

7

El análisis de las *grandes formas y estructuras* permite completar lo que los *grandes temas* apuntaban, y afirmar que, de manera integral, se destaca una vía esencial en la creación novelesca del mundo petrolero: el realismo.

Los postulados del realismo se cumplen por la correspondencia entre la *realidad histórica* en que se basan siempre las novelas del petróleo —a veces con rigor documental—, y la *realidad literaria* creada para transmitir con toda eficacia el fundamento histórico. Los instrumentos estilísticos y los procesos estructurales imponen sus exigencias técnicas y estéticas, y se cumple el paso, por la vía del realismo, de lo *histórico* a lo *literario*, sin descuidar —básicamente y con excepciones parciales— la indispensable fidelidad, pero sin olvidar los requerimientos de la obra de arte.

Este realismo substancial no está circunscrito a las tendencias literarias propiamente *realistas*. Se encuentra, unido a modos románticos evolucionados en *Elvia*; a elementos naturalistas en *Tierra del sol amada* y *La casa de los Abila*; a formas vanguardistas en *Cubagua*; a factores documentales en *Mancha de aceite*, *Mene* y *Guachimanes*; a exigencias de crónicas políticas en *Los Riberas*; a sugerencias de expresión dinámica actual en *Campo Sur* y *Oficina N^o 1*. Pero, en el fondo, el tema petrolero impone su esencia realista, base indispensable para un reflejo convincente y efectivo.

8

Resulta evidente la escasez de *novelas petroleras*. Se han citado como referidas de manera plena al tema del petróleo: *El señor Rasvel*, *Mancha de aceite*, *Mene*, *Remolino*, *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes*, *Cassandra*, *Campo Sur* y *Oficina N^o 1*; es decir nueve obras. Pero si se restan *El señor Rasvel* —no propiamente petrolera, sino dirigida a la pintura de un personaje sobre el fondo de una oficina de empresa petrolera— *Remolino* —novela incompleta; al menos nunca publicada en forma íntegra—, *Sobre la misma tierra* —sólo parcialmente *petrolera*, atenta a un tema más vasto,

donde se integra el petróleo—, y *Campo Sur* esbozo de novela quedan nada más cinco *novelas petroleras* propiamente dichas y publicadas en forma completa: *Mancha de aceite*, *Mene*, *Guachimanes*, *Cassandra* y *Oficina N° 1*. Y cinco novelas no pueden constituir una verdadera *novelística*; salvo, quizás, que fuesen todas literariamente consistentes y representativas.

9

Para explicar esta escasez se ha argumentado que el tema se refiere a una industria nueva en el país, que no ha llegado a consubstanciarse con las bases mismas de sus rasgos definidores. Y es evidente que el asunto petrolero no puede tener la misma profunda raíz, vital y casi eterna, del tema de la tierra, la libertad o el arte. Ni siquiera, en función de lo nacional, del problema de la tenencia de tierras aptas para la agricultura, del enfrentamiento del campesino al hacendado, del peso feroz de la dictadura gomecista, de la amenaza de la guerra civil y la recluta. Pero ya no puede hablarse de “nueva industria” con respecto a una explotación que para 1961, año en que aparece la última novela considerada, ya contaba con 83 años de cronología histórica desde el primer intento de extracción sistemática y 47 años de historia desde el comienzo de la producción en escala comercial (pozo Zumaque N° 1, en el campo Mene Grande del Estado Zulia, en 1914). Y de la significación económica, política, espiritual y hasta cultural del petróleo no puede haber duda alguna. La Venezuela de los últimos treinta o cuarenta años se define como *petrolera*.

10

La verdad es que pocos temas de significación venezolana implican en su tratamiento tantos riesgos comprometedores como el petróleo. Aun la visión objetiva del mundo del petróleo exige una posición tomada. Se muestran o se ocultan las verdades esenciales y reveladoras. Y cualquier alternativa significa una actitud. Y toda actitud ante el petróleo produce reacciones: de parte de la opinión pública, del gobierno, de las petroleras y sus magníficas retribuciones y favorables protecciones. Sobre todo estas últimas preocupan a los autores.

11

Tales riesgos no interesan o desaniman a los novelistas de espíritu liberal o apenas progresista, que son la casi totalidad. Ellos no poseen un pensamiento revolucionario que los lleve a ver en el tema petrolero justamente la ocasión de desplegar una visión renovadora y combativa de uno de los principales aspectos de la vida del país y del motor central de su economía. Y se entiende entonces que no se sientan movidos a tomar riesgos en materia que no logran profundizar debidamente y en nombre de principios que les son ajenos.

En tales condiciones, sólo queda destacar los reducidos exponentes del tema que existen, y esperar de los jóvenes novelistas la continuidad y la renovación culminante.

12

De momento, una conclusión final: Venezuela, país petrolero sin